

La liebre

Pía Bouzas

–Una mina en un yacimiento trae mala suerte –me advirtió Luciana en el aeropuerto de Neuquén, mientras despachábamos el equipaje–. Lo vas a escuchar apenas te des vuelta, pero vos, como si nada, no les des bola.

Luciana dirigía uno de los equipos de perforación que estaban trabajando en Rincón de los Sauces desde hacía unos meses; el mismo puesto para el que me habían contratado. Por eso estábamos en el aeropuerto de Neuquén, esperando. Y mientras se armaba la fila de hombres frente a la puerta de embarque, continuó:

–Es bastante simple. Los tipos al principio te van a querer coger, después van a decir que sos torta; y al final van a verte como uno más de ellos. Es cuestión de aguantar.

Muy bien, pensé mientras pasaba la mochila por el detector de metales, es fácil. Esa cualidad era casi natural en mí, podía obedecer si era necesario, mimetizarme o resistir, podría vivir en el yacimiento y regresar a Buenos Aires cada quince días como si nada cambiara. A mi novio le había dado poca información, la imprescindible. Suponía el resto, probablemente, pero prefería callarse. Mis amigas me miraban como si hubiera sacado a la luz una personalidad desconocida. Dedicarse a la ingeniería y al petróleo les parecía raro, pero irse de Buenos Aires al desierto era un exceso. Para mí no era ni una cosa ni la otra. Simplemente había aparecido la oportunidad, una puerta entreabierta, la señal de largada y la vista fija hacia adelante.

El avión aterrizó puntual en Rincón. Un hombre corriendo con el torso desnudo alrededor de la pista del aeropuerto fue lo primero que vi. Aunque decir pista y decir aeropuerto es mucho. Una explanada de tierra apisonada y una casilla que oficiaba de despacho de pasajeros era todo lo que había. Del otro lado de la casilla estaba el campamento. Busqué los sauces como para darme confianza, pero no había un solo árbol por ningún lado. Después supe que una inundación a principios de siglo había arrasado con todo; el nombre era lo único que había sobrevivido. El pueblo quedaba a dos kilómetros y el paisaje era desierto pelado, viento, sol y una línea de bardas en el horizonte. Un cielo inmenso, compacto como una bóveda, sobre nuestras cabezas.

Cruzamos la pista. Sebastián, un empleado de Recursos Humanos, nos estaba esperando en la casilla. Es obvio decir que no pasamos desapercibidas. Éramos las únicas mujeres y había cambio de guardia: todos los empleados (de todas las jerarquías) esperaban ansiosos subirse al avión que los iba a llevar a Neuquén y a Cutral-có después de estar, promedio, diez días en el yacimiento. Había sonrisas, algún cigarrillo, caras expectantes, como la de quien empieza a celebrar antes de llegar a la fiesta. Al salir vi

al hombre de torso desnudo en uno de los extremos de la pista. Sentado en posición de meditación, de cara al sol. Iba a preguntarle a Sebastián quién era, pero en ese momento estaba muy ocupado haciendo sociales. Sebastián iba una vez al mes al pueblo y se quedaba uno o dos días, pero había vivido allí durante cuatro años. Cuatro años, pensaba yo, sin saber qué quería decir ese tiempo en un lugar como Rincón.

Sebastián fue nuestro cicerone en el campamento. Nos llevó a las habitaciones que nos habían destinado en el pabellón y después a cenar. En el restaurante la mayoría de la gente sonríe, hace una broma, tira un lance. Un clima de campamento, por lo familiar: todos se conocen, todos están lejos de sus esposas e hijos, todos buscan nuevas relaciones.

–Esta vez me saluda todo el mundo –nos dijo cómplice–. Es la buena compañía.

–¿Son las chicas nuevas? –le preguntaban con sonrisa ladeada, como no queriendo importunar.

–Son las ingenieras –contestaba Sebastián, profesional–. Van a Perforación.

–Mirá vos –y cambiaban el tono, como si de la sorpresa pasaran al desafío–. ¿De Buenos Aires?

–Y de Mendoza –aclaraba Luciana.

Las chicas nuevas, después supimos, era como hablaban de las putas que estrenaba algún cabaret o algún casino, locales que pululaban como hongos en el pueblo. Los farolitos rojos se encendían a la noche, frente a la puerta de cualquier casucha. Las tragamonedas y las ruletas funcionaban todo el día atrás de los bares donde ofrecían karaoke. Cuando estábamos saliendo del restaurante, Sebastián se encontró con una amiga. La abrazó por la cintura sin que ella lo percibiera.

–¿Cómo estás, mi reina?

Daniela, así se llamaba, se dio vuelta. Era muy jovencita y había entrado para comprar cigarrillos.

–Vos otra vez por acá. ¿Cómo estás? ¿Después venís?

–No sé, tengo mucho trabajo.

–Mirá que soy la chica de la suerte esta semana. Venite nomás.

Daniela salió rechinando los tacos, su minifalda negra y su remera blanca de lycra.

–Trabaja en el casino, es fichera. ¿Quieren ir? –nos propuso Sebastián–. Esta semana si ganamos con ella, nos pagan el doble.

Luciana se ajustó los anteojos de metal y sonrió sin despegar los labios, aunque era más un gesto de silencio que sonrisa y le pidió especificaciones a Sebastián sobre la locación del equipo donde ella empezaría a trabajar al día siguiente. Luciana era una ingeniera reconcentrada, de cabello corto, negro, piel morena. Se vestía como todos los hombres del campamento, pantalón y camisa de jean cerrada hasta el cuello, y llevaba un portafolios negro de plástico duro, ribeteado en metal, como de empleado de banco. Pero era agradable, y cuando estábamos solas demostraba un humor sen-

cillo y bonachón, como si la parquedad fuera un escudo. O un disfraz. Por algún motivo imaginaba que había otra Luciana posible.

Esa noche, en la habitación, me obligué a dormir rápidamente. No importaba qué vendría al día siguiente, de cualquier manera estaría allí durante quince días, así que era mejor estar bien descansada. Mi razonamiento fue el de un soldado dispuesto a asumir el deber y el de un colimba que va tachando los días que le restan; y aunque me despertó en la madrugada mi vecino ocupadísimo con alguna mujer, logré permanecer dentro de mi sueño como en una burbuja.

Mi equipo estaba en Chihuido, a unos doscientos kilómetros del pueblo. Cinco tráilers, comedor, cocina, instalaciones de primera línea, alta tecnología. Cuando llegué y estreché la mano de los cinco operarios que serían mi equipo, me saludaron con gesto amable. El más viejo y de más jerarquía era Miguel, hacía cinco años que trabajaba como supervisor, incluso sin ser ingeniero. Tendría cerca de cuarenta años, un bigote poblado y ojos negros, intensos. Sonreía y me miraba de arriba abajo demasiado seguro de sí mismo, de su puesto y de mi inexperiencia. Los otros tres eran más tímidos o más nuevos y se limitaron a presentarse. Apenas me di vuelta pusieron cara de culo. Alguien tiró por lo bajo que las mujeres traían mala suerte. Y dejé pasar la frase, como si fuera el viento que corría en ráfagas. Seguí hasta la camioneta y busqué el parte diario con las tareas que había que empezar a hacer, las enumeré con parquedad. Miguel intervino como queriendo marcar la diferencia con el resto. ¿Debía confiar en su buena intención? Luciana me diría que no, que no creyera. Yo era mujer, ingeniera y jefa: imposible. La única ley que reconocen son las tiras en los uniformes. Como los milicos. Y agregé:

—Marcá los puntos y rompete el culo laburando. Solo así te van a respetar.

—Pero son las recomendaciones para ser una buena puta, Luciana.

—Vos reíte nomás, dale.

La actuación tendría su precio. A la noche empecé a escribir un cuaderno de notas. Las cosas del día, nada más, como si fuera necesaria una segunda vida para acostumbrarme. Anoté obsesivamente todo lo que había ocurrido. Después de escribir me dormí con facilidad, a pesar de los ruidos y los reflectores potentes. Muy cerca, el equipo seguía perforando, como si fuera de día.

El trabajo iba bien y en ocho días concluimos la primera etapa. Yo era eficiente y tensa. Me calzaba los borcegos, me ataba el pelo y daba órdenes. A las 6 de la mañana ya estaba fuera del trailer, al lado del equipo. Miguel oscilaba entre la simpatía y el desafío. Si fuera una película americana, en algún momento vendría una escena emocional, la chica tensa al borde de una crisis de nervios, Miguel que viene y la protege, liman asperezas, quizás un beso a la luz de la luna en el desierto. Pero yo estaba blindada, no había lugar para las emociones.

Una noche me aguanté una descompostura con fiebre y vómitos sólo para que nadie confundiera las cosas. ¿Por qué? Porque estaba en terreno resbaladizo, confuso. Desarrollé la paranoia al máximo, de la misma manera que los hombres eran paranoicos con nosotras: todo gesto estaba empapado de sentido. Si una pedía ayuda pedía en realidad sexo. Recién llegada, una noche Luciana volvió a su dormitorio y sintió un olor raro en la estufa. Pensó que podía haber alguna pérdida, así que le tocó la puerta a su vecino; él la recibió con la toalla ajustada a la cintura, recién salido de la ducha. Luciana se sorprendió, balbuceó algo, él sonrió (ella en ese momento no le dio importancia a la sonrisa) y revisaron juntos la estufa. Al día siguiente ella era el hazmerreír del pueblo, que se le había tirado un lance, vamos, que quién iba a sentir olor a gas si en Rincón justamente el gas no tenía olor, a quién quería engañar. Conclusión: me aguanté los vómitos y la fiebre, a ver si pensaban que estaba caliente. Me quedaban cuatro días más en la zona hasta el primer franco. Iba a sobrevivir.

Al día siguiente hubo cambio de equipo. La perforación había concluido así que esperamos a la gente de terminación para que rematara el trabajo. Lo hicieron sin traspies y cuatro días después el pozo quedó produciendo, con cigüeña y pileta, todo instalado. Esa noche, al escribir, sentí un orgullo especial, sorprendida ante mí misma. A la mañana siguiente agarré mi camioneta y enfilé hacia Rincón, encontré un viejo cd de AC/DC que alguien habría olvidado y lo puse a todo volumen. Sí, era la música justa para atravesar el desierto ahora que iba de salida. Un golpe de libertad salvaje, de revancha. Y así era: tenía un avión a mediodía y quince días de franco por delante.

Cada vez que el avión se aproximaba al Auca Mahuida, un volcán apagado, había turbulencias. Pero en poco tiempo me acostumbé a dormir arrullada por el temblor; apenas el avión despegaba, caía muerta. Aprendí también a comer rápidamente y mucho, a hablar fuerte, a golpear la puerta al salir. Cambié de talle a los tres meses, engordé. Mi cartuchera con maquillaje quedaba siempre en la mochila, intacta durante doce días.

En Buenos Aires las cosas no iban mucho mejor. Era difícil contar qué hacía yo, o más bien era aburrido. Nadie que no compartiera esa vida podía interesarse. Al cabo de una jornada de trabajo uno puede relatar lo que pasó y luego olvidar, pasar a otro tema. Imposible con una rutina como la mía, aislada dos semanas en el campo. Algo de ese aislamiento viajaba conmigo. En el desierto es inevitable sentir la erosión del sol inclemente, del viento, del paisaje pelado. Te marca el paso, te chucea. Solo puede protegerte de la desolación una experiencia intensa, como el sexo, o el aislamiento, que era lo que yo había elegido. Y por esa misma razón en Buenos Aires esperaba lo contrario: un mundo amable sin conflictos. Pero mi novio me miraba como si me hubiera convertido en otra mujer, con algo de desconfianza y de asombro. A mí me parecía exagerado. Y entonces aparecían esas discusiones interminables que arruinaban las cenas y que surgían de motivos tan ridículos como un programa de televisión o el

mensaje telefónico de una amiga. Por eso una noche le dije "pero dale, vení y cogeme de una vez, dejate de romper las pelotas", como si lo importante pasara por la cama, pero él se detuvo en seco con la pila de platos sucios en la mano, absolutamente desconcertado. Yo debí haberme controlado, al fin de cuentas no estaba en el pozo, con caños y barro en las botas, puteando porque el *casing* se quebraba y dando indicaciones a mansalva.

La relación se hizo más difícil a partir de entonces y mi hogar empezó a ser, de alguna manera, Rincón y su gente.

El trabajo iba bien. A los operarios los tenía saltando sobre aceite hirviendo, pero de a poco empezaban a respetarme de verdad. Miguel dejó de mirarme como si pudiera protegerme, ya no era condescendiente. En su trato había camaradería pero también cierta competencia, como si esperara la oportunidad para saltar. Cuando estábamos en el pueblo, me invitaban a los asados y yo a veces iba, pero me volvía temprano, antes de que ellos fueran al casino o a algún cabaret. Me quedaba en la pieza, escribiendo.

Con el tiempo me di cuenta de que mi cuaderno de notas no expresaba gran cosa. Estaban todas las rutinas, todos los pequeños conflictos, las discusiones, las frases; pero el proceso, el cambio, eso que rumiaba dentro de mi cuerpo no aparecía nunca. ¿Tendría que esperar una erupción violenta? Hasta ahora era mudo, inexpresable, Rincón actuaba sobre mí moldeándome como a la arcilla. Cuando lo leyera unos años después, lejos ya del campamento, no vería nada fuera de una rutina intensa de trabajo. Lo cual era falso.

El mes de agosto fue un desastre para Perforación. Tres equipos se rompieron. Dos de ellos estaban a cargo de Luciana en Lomita Sur. Era la nieve, las tuberías congeladas, un guinche que se zafó y casi corta en dos a un operario. Fue el tema en varias reuniones de jefes de equipo, los gerentes estaban enloquecidos. Y cada vez que en Buenos Aires gritaban, alguien caía. Después de esa guardia coincidí con Luciana en el avión:

—No aguanto más. Voy a renunciar.

Iba a extrañarla, pero no le dije nada. Una menos. O una más que se va. Apenas pregunté lo imprescindible y me despedí rápido en el aeropuerto. Tenía miedo de que una ficha hiciera caer a la otra, como en un juego de dominó. Y no era el momento. Unas semanas atrás había terminado con mi novio y me había mudado definitivamente a Neuquén. Tenía un departamento muy luminoso en el centro de la ciudad, y durante los francos aprovechaba y hacía deporte, iba al cine; más adelante tomaría un curso de fotografía en la universidad, planeaba ir a San Martín, a Caviahue, recorrer la provincia.

El hombre de torso desnudo seguía corriendo diariamente alrededor de la pista del aeropuerto y meditando, de cara al sol, siempre que el clima se lo permitía. Desde el comienzo me había resultado inquietante, un enigma. Lo elemental había sido fácil de averiguar. Se llamaba Carlos y hacía once años que vivía en Rincón. Había pasado por todos los sectores

del yacimiento, un hombre de perforación, duro, que ahora trabajaba en Recursos Humanos. Lo extraño era que aunque Sebastián lo conocía desde hacía tiempo, había algo que no quería contar. En un pueblo donde se contaban con orgullo los cuernos, las escapadas a Puerto Montt con chicas del cabaret, la vida familiar de Carlos era un enigma: divorciado en malos términos, nada más. Su exmujer en Neuquén; su hija, en disputa. Era un buen tipo, todos lo querían. Un día apareció en nuestra locación con el gerente nuevo, encargado de mostrarle las instalaciones y los recursos con los que contaba el personal de campo. Recorrieron el lugar, hubo un asado para todos. Él comió poco, era vegetariano. Tenía un modo suave, afirmativo y ordenado, nada que ver con el machote del campo. Fue Miguel quien me contó la historia esa noche, bajo el título "las mujeres sí que son jodidas":

–A ver ¿qué hizo? ¿Le metió los cuernos?

–Más que eso.

–¿Qué más, a ver?

–Se enamoró de la maestra de primer grado de su hija, y lo dejó de un día para el otro. ¿Viste? Te agarré, te sorprendió. Imaginate él. Volvía de la guardia como en los últimos años, nada diferente, pero ella lo encaró y se las tomó con la maestra. El tipo quedó hecho pelota y ahí empezó con lo de la meditación. Dale que dale, a correr y a meditar. Ahora está esperando que lo trasladen a Cutral-có para vivir con la hija, pero acá son muy jodidos, vos sabés cuándo entrás a Rincón pero no cuándo salís.

Esa noche transcribí todo, tal cual lo dijo, como si cada palabra tuviera un mensaje cifrado para mí. Cosa ridícula, la historia era transparente. Rincón, más que un yacimiento, a veces era un campo de concentración. Todos atados al pozo: los que amaban el petróleo, los que amaban la doble vida del pueblo, y los que solo querían plata y pensaban que, en cuanto quisieran, podrían volverse a sus pueblos. No había distinción para ninguno. Salí del tráiler. Era una noche estrellada de primavera, fresca, sin viento. Había luna. El horizonte de bardas se distinguía únicamente por el cambio de intensidad de la oscuridad. Una se acostumbra a ver el cielo impregnado de estrellas, pero es algo a lo que no habría que acostumbrarse. En la ciudad después se extraña esa soledad.

Hubo más cambios en esa guardia. En el equipo contratista había empezado a trabajar una chica en la retroexcavadora. Arriba de la topadora, no paraba en toda la jornada. Los tipos se le iban al humo pero ella los mantenía a raya. Cuando me saludó, me dijo:

–A usted la conozco. Estaba con Sebastián en el restaurante, hace unos meses.

Era difícil reconocerla detrás del "usted", del casco, los anteojos negros y la camisa de jean, pero era ella, Daniela, la fichera: la chica de la suerte.

–Es cierto. ¿Y qué hacés vos acá?

–Pagan más que el casino. Tengo una hija chiquita, que va al jardín, imagínese. Aproveché que Sebastián me recomendaba.

De alternadora nocturna a soportar los rebotes de la topadora en los riñones era un cambio difícil de imaginar, pero ahí estaba, orgullosa.

Esa noche mi celular sonó a la madrugada: un accidente en el pozo CH 305, mientras perforaban. Miguel. ¿Pero qué pasó? Se zafó el guinche y le dio en la pierna, lo tiró contra la grúa. No puede ser. Sí, está en el piso, nomás. Hay que llevarlo al pueblo. O a Neuquén directo. Tiene muy mal la pierna derecha. Ya le dimos un calmante, sí, pero igual. Está en un grito el pobre.

–Voy para allá.

Al principio soy solo un músculo tenso que trabaja rápido, un actor en la escena que le estaba preparada. Enciendo la camioneta, reviso el botiquín, controlo que no falte nada, aviso a la guardia en Rincón, armo la logística, hablo con Sebastián. Todo el mundo salta de la cama y al principio nadie entiende nada. En el trajín se cae el termo con agua sobre mi cuaderno de notas. Queda hecho un estropajo y lo tiro a la basura. Las palabras ya no son necesarias, soy pura acción. Algo implodiona en mí, la última barrera cae. Me ato el pelo y el viento se lleva cualquier remilgo, me trepo a la camioneta. Arranco. Son 50 kilómetros por camino de tierra. Me concentro en la ruta, en los baches. El desierto está perimetrado pero igual es fácil perderse, los caminos se cruzan, se cortan; tengo que estar atenta. Es madrugada cerrada, no sé, serán las 4. Y no hay luna, o no la veo por ningún lado. Se ven luces de camionetas, algunas más al este, como si fueran estrellas fugaces, otras cruzando hacia el sur. Una liebre patagónica corre al lado de la ruta excitada por las luces. Corre y corre como si compitiera conmigo. Acelera si yo lo hago. Si me detengo por un bache me espera. Por un momento dejo de verla. Desaparece. Con tal que no se atravesie. En el primer cruce doblo hacia la derecha. Acelero aunque no esté permitido ir a más de treinta kilómetros por hora. Toda obediencia tiene un límite. No tengo sueño, nada, soy dos ojos abiertos y una mandíbula tensa. No tengo miedo. Ahí está otra vez, corriendo a mi lado. No hay peligros afuera, la vida va en una sola dirección, la misma que sigue la liebre.